

Experiencias en el equipo de revisión lingüística del Antiguo y Nuevo Testamento

Francisco Nieto Rentería*

Resumen

Toda traducción de las Sagradas Escrituras tiene dos polos de atención que siempre hay que cuidar: la fidelidad al texto, considerando las lenguas de origen, y la fidelidad al lector, teniendo en cuenta los destinatarios. El proyecto de traducción que dio como fruto la *Biblia de Iglesia en América* recorrió caminos considerando esos elementos. La revisión lingüística tuvo que explorar caminos concretos con tal de cumplir con su tarea específica, en el contexto del proyecto general. Esos trabajos de revisión quedan repasados a través de la mirada de uno de los participantes en el equipo.

Palabras clave: traducción; revisión lingüística; fidelidad al texto; fidelidad al lector; Proyecto BIA.

* Sacerdote diocesano de la Diócesis de Matamoros, Tamaulipas (México). Licenciado en Teología Bíblica por la Universidad Pontificia de México (UPM); Doctor en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Responsabilidad en el NT de la BIA: coordinador lingüístico por México, Centroamérica y El Caribe. Actualmente es profesor de Biblia en la Universidad Pontificia de México. Es también coordinador de la Sección de Biblia de la Facultad de Teología de la UPM y coordinador de la Revista de Estudios Bíblicos "QOL", también de la UPM. Correo electrónico: franietorent@icloud.com.




Experiences in the team of linguistic revision of the Old and New Testament

Summary

Every translation of the Holy Scriptures requires special attention put on two chief elements: fidelity to the text, considering the original languages, and fidelity to the reader, thinking about the addressees. The Translation Project which produced the *Biblia de la Iglesia en América* has gone through that path. The linguistic reviewing experienced its own ways in order to achieve its goals, as a part of the general project. These experiences are reviewed through the eyes of one of its team members.

Key words: translation; linguistic review; fidelity to the text; loyalty to the reader; BIA project.



—“¡Diga!”. El timbre era de una llamada entrante, no del despertador. —“¿Es usted Francisco Nieto?”. —“Sí. A sus órdenes”. —“Mi nombre es Santiago Silva, soy obispo chileno y llamo para invitarlo a participar en una traducción de las Escrituras”. La voz se oía con claridad, pero a esa hora yo no alcanzaba todavía a acomodar bien los datos. ¿Una traducción? ¿Que si puedo participar en ella? ¿Disponibilidad para participar en una reunión en algún momento del año? Una indicación más me dio la clave para saber que la cosa iba en serio: “Póngase de acuerdo con Carlos Junco. Él lo pondrá al tanto del asunto”. Y así fue: pronto tuve las indicaciones necesarias, lo mismo que la anuencia de mi obispo para participar en el proyecto *BIA*.

Y en poco tiempo empezaron las idas a Bogotá, las reuniones de planeación y los trabajos para introducirnos a la mística de la *BIA*; vieron la luz los primeros esfuerzos de traducción y se fueron dando las variadas sesiones de corrección y búsqueda de perfiles más definidos en ese proyecto de alcance continental.

LA TAREA DE TRADUCCIÓN (FIDELIDAD AL TEXTO)

La fase primera resultaba clara: el reto consistía en traducir el texto indicado, asegurándonos de que la traducción cumpliera una condición fundamental: la fidelidad al texto. Había que volver a las lenguas originales, poner atención de nuevo a las gramáticas, los diccionarios y demás herramientas, para estar seguros de que la traducción reflejaba lo más clara y precisamente posible el texto sagrado, puesto en nuestra lengua.



Este ejercicio nos ocupó bastante tiempo. No era asunto menor saber que había mucho en juego, que de este esfuerzo dependerían muchos, al leer con las Escrituras. Es diferente escribir algo para uno mismo, que puede quedar expresado de cualquier manera, porque la comprensión de lo escrito ya está dada y así se mantiene, a escribir algo para que lo lean otros, porque ahí entran en juego otros elementos: hay que tener claro lo que se quiere expresar y asegurarse de haber expresado exactamente eso y no otra cosa; es necesario asegurarse de que lo escrito exprese lo que ya se ha pensado, pero también de que quien lee lo que ha sido escrito, entienda en el mismo sentido pretendido al escribir. Así que el ejercicio resultaba grandioso, por el reto que eso significaba, pero sobre todo por el elemento que condicionaba todo: no era nuestra palabra, nuestras ideas, nuestros proyectos, sino la Palabra de Dios lo que había que leer y entender para traducirla y hacerla llegar a muchos, así como Dios la había querido.

En esas circunstancias, resonaba en mí de modo constante una advertencia de la propia Palabra de Dios: “No añadan ni supriman nada a lo que yo les mando para que observen los mandatos del Señor, su Dios, que yo les ordeno” (*Dt 4,2*). Una imagen usada por el profeta Ezequiel adquiriría relevancia, aunque fuera a nivel de comprensión del texto bíblico solamente: la tarea que teníamos frente a nosotros se parecía a aquella de empezar comprendiendo el mensaje divino (“Come este libro y habla al pueblo de Israel”, *Ez 3,1*), porque había que transmitirlo con fidelidad al pueblo de Dios (“Hijo de hombre, irás al pueblo de Israel para anunciarle mis palabras”, v. 4). Ciertamente nuestra tarea de traducción estaba en ese plano, solamente, y no en el del ministerio profético en forma, pero el elemento que estaba en juego sí que era el mismo: el mensaje divino, la Palabra de Dios, que debe resonar con fuerza y claridad en la humanidad, empezando con el pueblo de Dios. A su nivel, pero la tarea de traducción se imponía como un ejercicio de fidelidad a la palabra de Dios, que pedía que todo lo que Dios dice pudiera llegar a muchos, y así como Dios lo dice. En todo caso, este ejercicio debía ser una ocasión de bendición y no de maldición: “Si alguien agrega alguna cosa, Dios a él le agregará las plagas descritas en este libro. Y si alguien se atreve a quitar alguna cosa a las palabras de este

libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y de la Ciudad santa que se describe en este libro” (Ap 22,18-19). También en la traducción se imponía el criterio de fidelidad.

La tarea era, pues, grandiosa y demandante; suponía traducir con atención porque el contenido, que es precioso, lo ameritaba; suponía leer y releer cada frase, traducir en una y otra forma hasta saber que habíamos llegado a la expresión más acertada en nuestra lengua. Y, sin embargo, en muchos casos quedaba la duda de haber expresado correctamente en castellano aquello que encontramos en las lenguas sagradas, considerando la diferencia de tiempos, lugares y modos de pensar y decir entre los escritores sagrados y los lectores actuales, a través del equipo que ahora emprendía la tarea de traducir.

Ese aspecto comprometedor tenía, sin embargo, factores atenuantes, entre los cuales destacaba el trabajo en equipo: la traducción empieza como esfuerzo individual, no hay duda, pero sigue caminos marcados por la colaboración de muchos. El proceso de revisión desde variados ángulos apenas empezaba, al entregar el texto traducido. Y a la conciencia de haber hecho lo más posible para traducir, se sumaba la certeza de que habría más ojos, más mentes, más hermanos buscando lo mismo: que el texto traducido reflejara con fidelidad en nuestra lengua los textos sagrados en sus lenguas originales.

Además, la traducción, cuidada desde el esfuerzo de cada uno, reforzada por los diversos “filtros” por los que tenía que pasar, debía ser sometida luego a uno más: la fidelidad al lector.

LA TAREA DE REVISIÓN LINGÜÍSTICA (FIDELIDAD AL LECTOR)

Desde el ejercicio individual de traducción resultaba claro algo que resonaba en las reuniones: no basta con decir bien en nuestro idioma, asegurando la fidelidad al texto; se requiere, también, usar las palabras apropiadas que hagan que el lector del texto traducido entienda lo que está leyendo. Y esa tarea representaba, de entrada, un reto enorme, por el contenido de la traducción (la Palabra de



Dios) y por los destinatarios pensados en el proyecto (pueblos enteros del continente americano que hablamos la misma lengua). Ciertamente que los lectores pensados en primer lugar eran los hermanos de cultura cristiana media, pero la traducción está, en realidad, abierta a todos.

Un reto enorme

Ya desde los primeros intentos de traducción, a nivel individual, resultaba evidente el esfuerzo por asegurar la fidelidad al texto sagrado, junto con la preocupación por cuidar los modos de decir, pensando en los destinatarios. Sin embargo, debido a su importancia fundamental, ese factor necesitaba instancias que dieran mayor certeza de que tal cosa iba a suceder. Por eso, con el paso de no mucho tiempo llegó el momento de formar un equipo para atender el tema, recorriendo todos los libros de la Escritura.

Desde el punto de vista de la fidelidad al lector, el reto era enorme porque el proyecto era ambicioso: ofrecer un texto que pudiera ser entendido apropiadamente por todos los que hablamos castellano en el continente americano.

A lo largo de miles de kilómetros, muchos hablamos el mismo idioma, lo cual ofrece grandes posibilidades de comunicación. En principio, lo que alguien dice en Costa Rica puede ser entendido en Ecuador; las transmisiones desde México pueden ser seguidas en Colombia; un video subido a las redes en Argentina es reproducido muchas veces entre los hispanos de Estados Unidos. Compartimos un mismo idioma y eso constituye una ventaja potencial desde muchos puntos de vista. Pero también es cierto que muchas veces, al momento de comunicarnos, hace falta un esfuerzo de clarificación, para asegurarnos de que estamos entendiendo lo mismo.

Aunque hablamos el mismo idioma, cada país conserva sus modos propios de decir; más aún, en un mismo país, cada región produce sus propios giros de lenguaje, generando enorme riqueza expresiva, aunque también eso ofrece no pocos retos al momento

de la comprensión de lo que decimos o escribimos, escuchamos o leemos. Ante ese panorama, surgía evidente hacernos preguntas: ¿Resultaba viable pensar en una traducción para todo un continente? ¿No sería más sencillo pensar, más bien, en traducciones locales, para atender mejor a los modos propios de decir de cada lugar? El nombre dado desde muy pronto a la futura traducción indicaba lo que estaba en la mira: el contenido: la Biblia; los destinatarios: la Iglesia en América. La tarea estaba propuesta; su alcance ofrecía retos enormes.

La tarea de revisión lingüística suponía, de este modo, tener en cuenta la gran extensión de pueblos y culturas entre quienes compartimos el mismo idioma; ¿cómo lograr algo así? Había que pensar en regiones que, aun con sus variadas características internas, tuvieran elementos comunes que ayudaran a la comprensión a la hora de comunicarse. Empezamos con cuatro grandes regiones: un chileno sería el representante del Cono Sur; los pueblos de la región andina estarían representados por un peruano; un mexicano sería el responsable para México y los países de Centroamérica y El Caribe, y un español que ha vivido gran parte de su vida en la Unión Americana se haría cargo de los muchos hispanoparlantes que ahí viven. Al final hubo que reacomodar las tareas para el encargado del Cono Sur, extendiendo el alcance a la región andina. Gran parte del proceso, pues, lo recorrimos tres: Juan Alfaro, Jorge Ramírez y yo.

Al inicio, el dato de estar al pendiente de una gran región resultaba algo vago: ¿qué significa eso? ¿Cómo lograr algo así? Pero con el paso del tiempo los caminos se fueron abriendo. Especialmente la publicación de los cuatro Evangelios, el año 2011, permitió encontrar modos concretos de hacer llegar la traducción, en su expresión inicial, a hermanos de diversas iglesias, con variados elementos culturales, en general, y de cultura religiosa, en particular; ese ejercicio hizo posible percibir ecos de la traducción desde diversas regiones y variados lugares a donde habían llegado los ejemplares distribuidos; ya había más elementos al alcance, desde cuestiones meramente técnicas (el tamaño de la letra, la facilidad o complicación para aprovechar los signos gráficos elegidos por la BIA, etc.) hasta



asuntos de sentido de los textos (claridad o confusión al leer un pasaje concreto, asuntos de comprensión de algunas expresiones, o de algunos pasajes con traducciones “poco comunes”). Recibir los comentarios de los lectores a lo largo del continente fue, sin duda, una experiencia iluminadora para orientar mejor los esfuerzos.

Otro elemento importante en la tarea de revisión lingüística estuvo constituido, desde el principio, por la extensión y las características particulares del texto bíblico.

Un texto extenso

En cuanto a la extensión del texto, sabíamos desde el principio que la tarea que teníamos frente a nosotros era grande: recorrer con atención cada versículo de cada libro, releer cada perícopa para asegurarnos de que su sentido era claro, cada libro tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. Cuando nos reuníamos y llegábamos al final de una semana de revisión, era gratificante constatar que ya habíamos recorrido un libro más, que ya nada más faltaban 70, o 60 o 30; pero el reto seguía siendo grande. Tuvieron que pasar varios años para empezar a decir con esperanza “ya nada más nos faltan estos pocos”.

Una vez que hubo suficientes textos traducidos, empezamos el trabajo de revisión lingüística. Y empezamos con los textos del Nuevo Testamento, que constituían el bloque que mostraba más avance en cuanto a número de libros traducidos. Quizá la menor extensión de los textos, en comparación con los libros del Antiguo Testamento, o las mejores posibilidades que ofrecen los textos griegos en orden a la traducción, por tratarse de una lengua mucho más precisa, en comparación con la lengua hebrea; o tal vez la cantidad más controlable de traductores, en comparación con los que se requerían para los libros del Antiguo Testamento, pero el hecho fue claro: el primer bloque que estuvo listo para ser sometido a la revisión lingüística fue el del Nuevo Testamento. Sin duda, el equipo de traductores se empeñó en sacar adelante el trabajo con calidad y prontitud. Y el trabajo de coordinación de ese bloque tuvo papel decisivo.

El trabajo de traducción y revisión de los libros del Nuevo Testamento, especialmente el relacionado con los cuatro evangelios, ofreció la posibilidad de una primera impresión de los evangelios. La revisión de esa edición, por parte de muchos que tuvieron acceso al texto impreso y que ofrecieron una retroalimentación de su lectura, fue de gran ayuda para afinar criterios que nos sirvieron para avanzar en la revisión lingüística. Ya teníamos idea de qué tanto la traducción era comprensible, qué cosas había que mantener, qué había que cuidar.

Conforme iban completándose los textos traducidos del Nuevo Testamento, empezaban a llegar también del Antiguo. Así que fuimos alternando la lectura de textos de ambos testamentos, hasta que los textos del Nuevo estuvieron completos (traducidos y revisados) y nos quedaban pendientes solamente los del Antiguo Testamento.

Ya teníamos cierto entrenamiento con los textos del Nuevo Testamento, pero el reto seguía siendo enorme con los del Antiguo: 50 capítulos del Génesis, 40 del Éxodo, 66 del profeta Isaías, 52 de Jeremías, 42 de Job, ... Las ocasiones de revisión dependían de los tiempos en que coincidíamos, en medio de los compromisos y tareas de cada uno. El verano (del hemisferio norte) era el lapso más apropiado para coincidir y hacer avanzar los trabajos de revisión. Pero con el paso de no mucho tiempo nos quedó claro que no era suficiente dedicar unas semanas durante el verano, así que empezamos a buscar otros tiempos durante el año para reunirnos y avanzar en la tarea de revisión. Esa modalidad funcionó hasta el final de nuestro compromiso de revisión lingüística: los tiempos de reunión, lo mismo que los lugares, podían variar, pero necesitábamos reunirnos para hacer avanzar la tarea pendiente.

Un texto particular

En cuanto a las características de los textos, la revisión requería poner atención a elementos ulteriores, no necesariamente visibles en el ejercicio individual de traducción. Sin duda los traductores, al realizar su tarea, habían considerado factores externos al libro que



tenían que traducir, pero no era ese el momento de definir detalles, porque cada uno trabajaba por su cuenta. Ahora, cuando los textos quedaban sometidos a revisión, por parte del equipo de revisión lingüística, era el momento de cotejar las traducciones entre sí, considerando de modo particular asuntos como, por ejemplo, la presencia de textos paralelos (como en el caso de los relatos acerca de la monarquía israelita, en la versión de los libros de Samuel y Reyes o en los libros de las Crónicas, o como en el caso del decálogo, presente tanto en el Éxodo como en el Deuteronomio); había que atender casos de lenguaje común (como el lenguaje de Deuteronomio, presente también en los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes, o en algunos pasajes del profeta Jeremías), o de fórmulas con identidad propia: ¿qué hacer cuando en el texto hebreo aparece el *yaré adonai*? ¿Qué hacer al constatar que un traductor lo expresó en castellano como “temer al Señor”, otro como “respetar al Señor”, y otro más como “obedecer a Dios”? ¿Que quede en cada libro de modo diferente? ¿Que quede unificado bajo una misma fórmula, para que el lector perciba su presencia constante a lo largo de las Escrituras y aproveche ese dato para encontrar nuevos elementos?

En el tema de textos comunes, los evangelios constituyeron un espacio de atención particular, especialmente los tres primeros; la presencia de textos de doble o triple tradición, e incluso algunos de cuádruple tradición, pedían ir más allá de asegurarse de haberse mantenido fieles al texto de modo individual. El ejercicio imprescindible consistía, en un segundo momento, en recorrer los textos de doble o triple o cuádruple tradición, para unificar traducciones cuando se trataba del mismo texto en griego, o para puntualizar matices de traducción cuando los propios textos lo indicaban en la lengua del Nuevo Testamento.

Una constatación favorable, en el caso de los evangelios, fue el excelente trabajo de revisión de textos paralelos, realizado por sus correspondientes traductores, reunidos ahora como equipo: sus reuniones de revisión de textos comunes dieron frutos evidentes muy pronto, de modo que el equipo de revisión lingüística pudo avanzar sin dificultades ante una revisión previa hecha con rigor y minuciosidad. El trabajo de los traductores de los evangelios fue lo

primero que quedó plasmado en una obra impresa, dando lugar a la primera evidencia de lo que luego sería la traducción del Nuevo Testamento, y eventualmente de toda la *Biblia de la Iglesia en América*.

Los retos del equipo de revisión lingüística

En general, aunque contábamos con que el texto en castellano reflejaba con fidelidad el texto sagrado en sus lenguas originales, porque ya otros se habían encargado de esa fase de revisión, había ocasiones en que teníamos que detenernos un poco y buscar claridad, recurriendo a los textos hebreos y griegos, porque la traducción daba señales de complicaciones resueltas con dificultad. En cualquier caso, el objetivo ya estaba trazado: asegurarnos de que el texto resultara claro, fluido y comprensible.

Cada lengua tiene sus modos de decir, y las lenguas sagradas no son la excepción; un ejercicio siempre necesario, al traducir los textos bíblicos, consiste en asegurarnos de que el sentido querido por los escritores sagrados queda debidamente reflejado en la lengua de destino. Aunque alguna frase nos parezca suelta y sin sentido, habrá que buscar su conexión con el texto del que forma parte. Y eso debe quedar luego reflejado en la traducción. Aunque a veces se convierte en un reto difícil de satisfacer, la claridad en un elemento importante para que quien lee pueda entender lo que lee.

Además de la claridad, hay que considerar la belleza de las Escrituras. No se trata de un texto sin más, sino de la Palabra de Dios, escrita con intención. Muchos textos, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, manifiestan rasgos poéticos; muchos otros, identificados como narración o discurso, recurren a técnicas propias de sus contextos culturales: repeticiones, paralelismos, estructuras concéntricas, etc. La revisión lingüística cuidó de mantener, siempre que fue posible, esos rasgos que los traductores habían percibido y expresado en sus trabajos. La verdad salvífica requería ser expresada con fluidez y belleza.

Pero por encima de todas las cosas, sabíamos que nuestro trabajo estaba orientado a garantizar que el texto resultante fuera



comprensible para los lectores. Ese elemento definió, en muchos momentos, las decisiones que fue necesario tomar en determinados textos. Había ocasiones en que el texto estaba dicho con gran belleza, pero con colorido local, propio del lenguaje de algún punto del continente, que no podría ser entendido por lectores de otras latitudes. Y entonces había que buscar expresiones menos impactantes, pero más comprensibles. La tarea no era fácil, pero creemos haber colaborado para presentar un texto claro, bello y comprensible.

LA EXPERIENCIA DE CREYENTES

La participación en el proyecto de traducción de la *Biblia de la Iglesia en América* fue, de principio a fin, una experiencia grandiosa. Fue experiencia grande por el hecho de poner a disposición los recursos que antes habíamos recibido, en el ámbito de las ciencias bíblicas. Pero iba mucho más allá: fue experiencia grande por tratarse de una actividad marcada por la fe, orientada a hermanos en la fe.

Lo sabíamos: nos reuníamos en torno a la Palabra de Dios; era ella la que nos convocaba y era por ella que destinábamos tiempos que bien podríamos haber dedicado a otros asuntos, quizá más placenteros; pero esos tiempos adquirirían sentido completo a la luz de la Palabra de Dios. Los que nos reuníamos habíamos recibido una invitación de alguien concreto para participar; pero sabíamos que, desde el inicio de todo el proceso, estaba la convocatoria de Dios, que con su Palabra ya desde antes nos había cautivado y orientado en diversas actividades en torno a la Palabra de Dios misma.

Los que nos reunimos a lo largo de varios años para el proyecto *BIA* compartíamos el gusto por escudriñar las Escrituras, junto con ciertos elementos de preparación para estudiarla desde diversos ángulos. Siempre supimos que estábamos revisando un texto que podía ser abordado desde criterios comunes a cualquier otro texto escrito, pero que al mismo tiempo era mucho más: Palabra de Dios que podía llegar a muchos, pero que por lo pronto era riqueza para nosotros mismos.

Siempre fue grandioso escuchar la Palabra, en cuanto discípulos, en la Misa diaria, cuando nos reuníamos para hacer avanzar la traducción. Más allá de algunos momentos en que, al escuchar los textos sagrados, afloraban las manías propias de biblistas, pensando algo así como “quizá eso podría decirse mejor si le añadiéramos la preposición tal”, o “que tal si mejor dijera ‘entró a la sinagoga’ en lugar de ‘se presentó en la sinagoga’”, o cosas por el estilo; más allá de esas manías momentáneas prevalecía la conciencia de ser parte del pueblo de Dios, oyentes todos de la Palabra sagrada.

El proyecto de traducción, que comenzó con la iniciativa de los obispos de Estados Unidos, pero pronto fue asumido también por la Conferencia Episcopal Latinoamericana, queda a disposición de la iglesia de todo el continente como señal de trabajo eclesial y recurso para avanzar juntos al encuentro con Cristo, Palabra definitiva del Padre celestial.